

MUNDOS Y ULTRAMUNDOS DE CUNQUEIRO

Carlos G. Reigosa

Xornalista e escritor

doi:10.17075/mucnoc.2014.058



CONSELLO
DA CULTURA
GALEGA

Nos es fácil hablar de Álvaro Cunqueiro, porque las referencias sobre él son esquivas y casi siempre nos llegan envueltas en sutiles velos que las difuminan. Estamos ante un escritor muy reconocido —pero mal conocido en Galicia— y demasiado olvidado fuera de nuestra tierra (aunque algunos aseguren lo contrario). Aún estamos lejos de que Cunqueiro ocupe el lugar que le corresponde por su obra en el reino de las letras. Lo ha dicho bien Manuel Gregorio González en el inicio de su libro *Don Álvaro Cunqueiro, juglar sombrío*: «Por un azar del siglo, la obra de Álvaro Cunqueiro permanece ignorada por las nuevas generaciones, siendo lo cierto que gran parte de las fantasías e invenciones que nutren su escritura son hoy moneda común, pasto frecuente de las grandes sagas y odiseas que abultan el cine moderno¹». Yo aún sería más contundente, porque creo que la actual desconsideración de la obra de Cunqueiro delata algún tipo de delito intelectual. El centenario de su nacimiento que ahora celebramos debiera favorecer un rescate imprescindible. Pero, para lograrlo, habría que atreverse a deshacer muchos entuertos crecidos en torno a él y a su obra. Algo que no puede remediarse en los veinte minutos de una intervención como esta. Pero sí quiero decir algunas cosas.

Francisco Umbral, que era mucho más partidario de Cunqueiro que de García Márquez, fue de los primeros en denunciar —de modo abierto y claro— la injusta postergación del mindoniense: «No interesó su novelística, en los cuarenta/cincuenta, porque no era realista, o mejor, social-realista. Pero luego vino García Márquez arrasando con algo muy cercano a Cunqueiro. Y Borges. Es decir, la fantasía literaria, la invención de un mundo otro, el milagro de la prosa y los beneficios de la imaginación²».

El académico peruano Abelardo Oquendo publicó un diálogo con Umbral en el que este insistía con convencimiento en que «si Cunqueiro hubiese nacido en América Latina, habría alcanzado tanta fama como un autor del *boom* de la novela latinoamericana, pero tuvo la mala suerte de nacer en España, un país

1 Manuel Gregorio González: «Don Álvaro Cunqueiro juglar sombrío». Fundación José Manuel Lara. Sevilla, 2007.

2 Francisco Umbral: «Álvaro Cunqueiro». *El Cultural / El Mundo*, 3/5/2000.

europeo [...]. Aunque el realismo mágico alentaba poderosamente en Cunqueiro desde antes del deslumbramiento que causó García Márquez, no llamó la atención porque no venía de ningún lugar presuntamente exótico, lleno de pobres, de analfabetos y de revolucionarios³». A la inversa, daba a entender que si el colombiano hubiese nacido en Galicia tampoco habría tenido la misma fortuna literaria. Quién sabe.

Antonio Paniagua también puso el énfasis en el hecho de que *Merlín e familia* se publicó en 1955 y no duda en calificarla de «obra precursora del realismo mágico⁴» por su gusto por la fábula y los mitos de la historia y de las leyendas. Recuerda, asimismo, que el escritor de Mondoñedo siempre fue muy admirado por otros narradores como Álvaro Mutis, Gonzalo Torrente Ballester, Claudio Magris, Francisco Umbral y Gabriel García Márquez.

Cunqueiro respondió a todo esto a su manera. Nunca hizo grandes reflexiones al respecto: ni se apuntó a ningún victimismo ni quiso intentar cambiar el curso de su propia historia literaria. Pero sí aprovechó algunas ocasiones para aclarar mistificaciones que consideraba desorientadas, cuando no rechazables. Una de ellas era la que establecía un nexo casi umbilical entre su creación y la de García Márquez (al que, no obstante, admiraba y respetaba). En unas declaraciones a Margarita Ledo Andión afirmó con claridad: «El realismo fantástico del que tanto se habla en relación a Sudamérica no es tan nuevo. Torrente, con *El viaje del joven Tobías*, que es un libro del año 39, ya hace realismo fantástico y muchas veces en su caso, por no citarme a mí mismo, muy superior al americano. Dejo aparte a Alejo Carpentier, al que considero el mejor. Me gusta *Cien años de soledad*, un poco por afinidad temática, pero no creo que sea tan importante ni tan decisivo. Vargas Llosa, en cambio, tiene una prosa tan trabajada que a menudo da la sensación de frialdad⁵».

3 Abelardo Oquendo: «Inquisiciones. Conversando con el Tercer Mundo». *La República* on line (Perú), 23 de octubre de 2007.

4 Antonio Paniagua: «Cunqueiro, el piel roja de Mondoñedo». Art. cit. *Literaturas.com*.

5 Margarita Ledo Andión: «Entrevista inédita do ano 1973». *Coordenadas*, nº 2, enero-febrero-marzo de 1982, pp. 5-8 (número de «Homenaxe a Álvaro Cunqueiro»).

En otra entrevista de Antón Risco e Ignacio Soldevila⁶ hay un diálogo tan breve como expresivo. Le dice Risco: «Otra gente aproxima tu obra a la de García Márquez, es decir, a *Cien años de soledad*». Cunqueiro, críptico, se limita a responder: «Sí, eso también lo comparte, en alguna medida, García Márquez, según dijo en una conferencia en Barcelona». El entrevistador añade que algunos comparan su literatura con la de Borges, y la respuesta de Cunqueiro es entonces más extensa: «Sí, es curioso. Tenemos muchas preocupaciones comunes, el mismo gusto por la lectura del talmud, la preocupación por los laberintos, por la zoología fantástica y por muchas cosas, sí». Pone como ejemplo un poema que él había escrito sobre el golem y cómo años después leyó algo semejante en un libro de Borges. Y sentencia: «Sí, a veces tocamos temas algo parejos, un gusto por ciertas cosas, pero creo que se equivocan del todo, creo que hay más relación de mis historias con las historias de Alejo Carpentier, por ejemplo, que con las de Borges».

La realidad era que existían esas proximidades o parentescos literarios, pero el mindoniense los reconocía con legítima reticencia, consciente de ser más un precursor o un adelantado que un contemporáneo. Por otra parte, Cunqueiro sabía que su obra no era realismo mágico *sensu strictu* y muy probablemente sólo aceptaba ser incluido en esta denominación por no quedarse solo en su rechazo del social-realismo imperante en España. Porque Cunqueiro es, literariamente, un Robinson Crusoe y su obra es una isla. No es fácil encontrarle antecedentes, del mismo modo que carece de discípulos (aunque algunos se presenten como tales y hayan aprendido algo de él). La marca Cunqueiro es única y distinta, incluso distante. Su pócima mágica es descriptible, pero no igualable. De ahí las tentaciones de desdibujarlo, tergiversarlo, reducirlo o mistificarlo que se han producido en los últimos años, con el objetivo *académico* de proporcionarle un marco generacional. Unos esfuerzos que sólo han conducido a alejar las posibilidades de entender a un escritor que, en verdad, sólo admite el adjetivo de cunqueiriano.

Quizá por ello nunca quiso Cunqueiro polemizar acerca de la obra narrativa de García Márquez y tampoco se sumó a la gran ola de conversos al realismo mágico que se formó primero en América Latina y después en Europa. Sin quejar-

6 Antón Risco e Ignacio Soldevila: «Entrevista a Álvaro Cunqueiro». *Boletín Galego de Literatura*, nº 2, noviembre de 1989, Servizo de Publicacións da Universidade de Santiago de Compostela, pp. 107-119. (La entrevista, aunque se publicó en 1989, había sido hecha en la casa de Cunqueiro en Vigo en 1978).

se jamás de las desventajas colaterales, tampoco buscó el beneficio de los fulgores del *boom* latinoamericano, algo que podría haber hecho con legitimidad y con facilidad. Ignoro si en esta actitud hubo resignación, indiferencia o un simple silencio generoso o displicente. Hablé varias veces con él y no recuerdo alusiones críticas o descalificadoras sobre los autores del otro lado del Atlántico. No sentía esos celos tan frecuentes en otros escritores —o no los manifestaba— y tampoco acreditaba la necesidad de que los demás comparasen su obra con la de ellos. «Lo único que lamento es no haber escrito más y mejores novelas», me dijo un día de 1980. Creo que, de envidiar algo, sería tan solo la voluntad de García Márquez para encerrarse a escribir sus obras bajo una disciplina horaria férrea. Quizá esto era lo que quería decir cuando daba por enteramente perdidos —como novelista y creador de ficciones— sus años de director de *Faro de Vigo*.

La realidad es que la obra y la figura de Cunqueiro están rodeadas de desconocimientos, desacuerdos y misterios. Sabemos que nació en 1911 en la levítica Mondoñedo, ciudad desde 1156 y una de las siete capitales del Antiguo Reino de Galicia. Pero luego, al intentar explicar su obra, prescindimos de esta realidad y olvidamos que, igual que Torrente Ballester decía «Ferrol me fecit», Cunqueiro no es explicable ni inteligible sin el Mondoñedo que lo hizo. En esa ciudad de traza medieval, levítica entonces (todavía hoy es capital diocesana junto con Ferrol) están las claves humanas y creativas, y también las políticas, de Cunqueiro. Se han buscado muchas respuestas fuera y ello ha provocado notables desaguisados, porque la realidad es que están allí, en aquel espacio natal. La fantasía de Cunqueiro, su capacidad fabuladora, su desapego del celtismo, pero también la explicación de su galleguismo profundo, de su también profundo antimarxismo, incluso de su accidentado falangismo posterior —con expulsión incluida— tienen una respuesta en Mondoñedo 1936. Una pequeña ciudad dividida y confrontada entre una derecha compinchada con el estamento clerical y un Frente Popular compuesto —o descompuesto— por una Izquierda Republicana improvisada y mediopen-sionista de Azaña y Casares Quiroga y una izquierda radical, largocaballerista y anticlerical, que en Mondoñedo lideraba Luis Trigo, un guardarríos que luego sería guerrillero antifranquista durante doce años.

En cuanto al peso social del galleguismo, Cunqueiro había visto la realidad unos días antes de la Guerra Civil, cuando, en el referéndum sobre el Estatuto de Autonomía —el 28 de junio de 1936—, vislumbró una desafección que se

le figuró excesiva, sin que casi nadie acudiese a las urnas. Es sabido que luego se falsificaron las actas de los resultados para ofrecer el prodigio de una gran participación y un masivo apoyo al Estatuto. ¡Esa sí que fue magia electoral! De ahí salió un Cunqueiro desilusionado que, tras el comienzo de la guerra, tendría que elegir entre dos polos diametralmente opuestos: el de los militares sublevados, que dominaban Galicia desde el 20 de julio, y el de los que se postulaban abiertamente revolucionarios y anticatólicos y que muy pronto fueron objeto de sañuda persecución. Un antimarxista como Cunqueiro, mozo de 24 años, hijo de un boticario católico y exalcalde de derechas, tuvo muy pocas dudas. Su posterior falangismo, tan debatido, nunca dejó de ser cosa risible en Mondoñedo, donde conocían la profundidad de su fantasía y desdeñaban la de su pensamiento político. Este es un capítulo que habrá que dilucidar para desechar la faramalla de la *retroinvención* en la que con frecuencia se cae. Los misterios no están en los procedimientos de Cunqueiro, sino en la necesidad que algunos manifiestan de que existan esos misterios, sobre todo en el ámbito político. Y, en este sentido, lo primero que hay que decir es que Cunqueiro no era —nunca lo fue— un político *sensu strictu*. Pero sí fue un ser humano atrapado en una circunstancia política endiablada y aterradora que lo arrastró, lo desbordó, tal vez lo sedujo y finalmente lo desnortó vital y literariamente. Al cabo, habría de ser Mondoñedo el lugar que le permitiría reencontrarse y recuperar, en parte, el camino de su mocedad prebélica.

La teoría de que Cunqueiro hizo «literatura de evasión» para evitar la censura franquista —o como fuga del régimen dictatorial— carece por completo de sentido, a mi juicio. Es algo que ha sostenido una crítica social-realista que defendía a unos autores también social-realistas de los que apenas queda recuerdo alguno. La literatura de Cunqueiro puede llamarse fantástica (él mismo lo hacía) o realismo mágico (él no se lo llamaba, pero dejaba que otros lo hiciesen), pero nunca literatura de evasión o escapista. Para poder acusarlo de esto último habría que decir que *Cien años de soledad* (García Márquez) o *El reino de este mundo* (Alejo Carpentier) eran también literatura de evasión; sin embargo, fueron admitidas desde el principio como una forma distinta, elevada y trascendente del realismo («realismo mágico», como lo bautizó Arturo Úslar Pietri en 1947, o «lo real maravilloso», como prefirió llamarlo Carpentier a partir de 1949).

En este punto, y abonando mis propias reticencias respecto del calificativo que le corresponde a la narrativa de Álvaro Cunqueiro (¿quizá fantástico-nostálgica?),

quiero recordar algo en lo que apenas se detienen los estudiosos. Cunqueiro era un admirador de Valle-Inclán. No sólo era un admirador vehemente, sino que era su primo (aunque Valle-Inclán nunca acabase de entender ese parentesco). Cuando Valle-Inclán, en su último año de vida (1935), acude a morir en Compostela, Cunqueiro lo frecuenta y le entrega sus poemas. Valle-Inclán los calificó de literatura muy prometedora, en conversación con Dionisio Gamallo Fierros. En aquellos momentos, el ideal cunqueiriano de escritor era Valle-Inclán. Y lo que hace Cunqueiro, tan pronto se va a Madrid, en 1939, es valleinclinizarse y comportarse casi tan extravagantemente como su primo y modelo vital y literario.

Pero el fracaso de la etapa madrileña pondrá fin a su pertinaz confusión de la realidad con la ficción. Entre el hombre que llega a Madrid en 1939 admirado por su talento (escribe de todo en el diario ABC con Manuel Halcón) y el que regresa a Mondoñedo derrotado, separado de su mujer y sin ningún sueldo a fin de mes, media toda la demoledora trayectoria que va del éxito al fracaso, con penalidades aún no desveladas. Fue expulsado del Registro Oficial de Periodistas en 1944 por el Director General de Prensa, Juan Aparicio, tras ser acusado por el embajador francés François Piétri de recabar dinero para un número de la revista *Misión* dedicado al camino francés, número que luego jamás existió. Cunqueiro se equivocó de embajador. Piétri había sido ministro del Gobierno de Vichy y era un político muy activo y muy vigilante de los intereses franceses, en la mejor tradición de la diplomacia gala y no de la nuestra.

¿Qué hace y cómo sobrevive Cunqueiro los dos años largos que aún permanece en Madrid y en los que no puede firmar ningún texto con su nombre mientras todas sus posibilidades de subsistencia se le van desmoronando? Fue un tiempo de fantasías, miserias, errores y desengaños que ha dejado tras de sí una interminable secuela de anécdotas y chascarrillos, no todos falsos. Los siete años de Madrid tuvieron el fulgor del éxito y la amargura de la derrota.

El regreso a Mondoñedo en 1947, deprimido y agotado, fue el retorno a su Ítaca (y no a Verona por cierto, por más que él viese en su urbe natal la ciudad de Romeo y Julieta), y significará el fin de su confusión vital entre realidad y ficción. En Mondoñedo, Cunqueiro aprenderá a separar lo real-cotidiano de lo imaginario y a conocer los límites de lo uno y lo otro. Tal vez sólo Mondoñedo podía repararlo de su fracaso vital y personal y hacerlo renacer de las cenizas de todo cuando había imaginado o lo había seducido como vida.

Allí surgirá, entre otras ensoñaciones, su primera novela, *Merlín e familia*, que es una clara apropiación para la cultura gallega del mito artúrico (atlántico, por lo tanto), con una riqueza léxica y una capacidad de recreación que roza lo inverosímil. El mitómano Cunqueiro galleguiza, elevándolo literariamente, la historia del viejo mago del mundo artúrico. ¿Evasión? No. Cunqueiro ya no huye de sus propios fantasmas, sino que les da forma y vida literarias. Su inusitada fantasía para enhebrar la ficción y el dato proviene justamente de su incapacidad para desligarlos. Ha nacido el prodigioso novelista y ha desaparecido el imitador —más en la vida que en la obra— de Valle-Inclán. El que resurge poco a poco en Mondoñedo es un escritor que empieza a ganarse la vida en periódicos gallegos y que, animado por su amigo de juventud galleguista Francisco Fernández del Riego, escribirá las novelas *Merlín e familia* (1955), *As crónicas do sochantre* (1956), *Las mocedades de Ulises* (1960), *Si o vello Sinbad volvese ás illas* (1962), *Un hombre que se parecía a Orestes* (1969), *Vida y fugas de Fanto Fantini de la Gherardesca* (1972) y *El año del cometa en la batalla de los cuatro reyes* (1974). Esto es, tres novelas en gallego y cuatro en castellano. Todas ellas dominadas por una melancolía cada vez más explícita, que no excluye la ironía y el humor ¿Un autor bilingüe? Sí y no. Él se proclamó ciudadano de un bilingüismo natural, propio de un niño que habla gallego con los suyos y lee los periódicos en castellano, pero siempre confesó que su «lengua de fondo» era el gallego, el idioma en el que se sentía mejor y se expresaba con mayor libertad. En 1979 me confesó que, si cuando él empezó a escribir sus novelas en castellano fuese tan *posible* publicar en gallego, hubiera hecho toda su obra literaria en esta lengua.

Debería hablar de todas y cada una de estas novelas, pero ya no hay tiempo. Déjenme que haga una última reflexión. Para Ana María Spitzmesser y para Antonio Paniagua, la mejor novela de Cunqueiro es *Merlín e familia*. Para Manuel Gregorio González, *As crónicas do sochantre*. Para el pintor Antón Lamazares, *Las mocedades de Ulises*; para muchos otros, *Un hombre que se parecía a Orestes...* Hace tres veranos entrevisté a Manuel Fraga Iribarne en Perbes sobre Cunqueiro, del que fue gran amigo y buen lector. Le dije que me alegraba coincidir con él en que la mejor novela era *Fanto Fantini della Gherardesca*, una verdadera sinfonía literaria. Fraga me cortó en seco: «No, la mejor es *Merlín e familia*». Le recordé que él había preferido *Fanto Fantini* en una conferencia unos quince años antes. Me volvió a cortar: «Entonces la que más me gustaba era *Fanto Fantini*, pero

ahora es *Merlín e familia*». Ahora soy yo el que no estoy seguro de cuál prefiero. Entenderán por qué quiero terminar diciendo que se deben leer todas las novelas de Cunqueiro, sin hacer caso de las preferencias de otros. Lean ustedes las siete, mejor por orden de escritura. Verán que siempre están en un espacio mágico que apenas cambia por sus referentes atlánticos o mediterráneos. Y descubrirán que no hay una literatura igual. Y se rebelarán contra todos los que les ocultaron esta realidad hasta ahora. Esta rebelión es lo que debería producirse como fruto del centenario de nuestro singular e incomparable escritor.